

NOS SALVAREMOS POR EL LLANTO

I

LA POESÍA ESTÁ EN LA SOMBRA

Y digo que la Poesía está en la sombra,
 en la sombra del mundo donde el hombre ciego se revuelve y grita...
 que es un grito en la sombra,
 que es un coro de gritos que quieren burlar la sombra,
 escapar de la sombra,
 alancear la sombra,
 asesinar la sombra...
 La Poesía está escondida en la sombra.
 ¿Quién la quiere esconder más todavía?
 ¿No hay bastantes cerrojos?
 No son cerrojos,
 ni puertas clavadas,
 ni paredes de musgo,
 ni ventanas herméticas
 lo que necesita la palabra del hombre...
 sino escalas,
 escalas y hogueras
 y piquetas y gritos... ¡gritos!
 El poema es un grito en la sombra como el salmo,
 hoy no es más que un salmo en la sombra,
 y también una tea encendida en la niebla.
 La sombra es tuya y mía
 y hoy más negra que nunca.
La sombra es de todos...
 y el salmo y el grito también.

Y yo, el hombre, ¿ya no puedo gritar,
 ya no puedo llorar?
 ¿Job ya no puede lamentarse con la angustia de su espíritu,
 ni plañir con la amargura de su alma?
 ¿Tiene que refrenar la boca?
 ¿Ya no puede decir: Aunque hoy es amarga mi queja, mi herida
 es más grave que mi gemido?
 ¿Ya no puede gritar: Por qué no me morí yo desde la matriz?
 ¿Por qué se me pusieron delante los pechos para que mamase?
 Yo, el hombre, ¿no puedo arremeter ahora contra el muro macizo
 del misterio?
 ¿No hay más que una piqueta?
 La Poesía... ¿es vuestra solamente, poetas cortesanos?
 Mientras haya una sombra en el mundo, la Poesía es mía
 y de Job y de todos los hombres de la sombra.
 Mañana será de la luz, pero hoy la Poesía es de la sombra.
 ¿Quién es capaz de recluirla?
 Hoy... ahora... ¿quién se atreve a quitármela?
 ¿Quién,
 quién quiere apagar mi canto,
 mi canto de música y de piedra — alarido y guijarro?
 ¿No puedo golpear ahora con él,
 ahora, ahora mismo en la puerta de la injusticia y del tirano,
 en el pórtico del silencio y las tinieblas?

¿No puedo golpear ahora con él
 en el claustro callado del cielo,
 en el pecho mismo de Dios...
 para pedir una rebanada de luz?
 Porque somos mendigos...
 ¡no somos más que mendigos en la sombra!
 ¿No puedo yo cantar en la sombra?
 ¿No puedo yo gritar en la sombra?
 Para que grite conmigo busco yo al hombre y le digo:
 La Poesía es un canto en la sombra, canta conmigo;
 la Poesía es un grito en la sombra, grita conmigo;
 canta, canta y grita... ¡grita!
 porque Dios está sordo y todos se han dormido allá arriba.
 La Poesía es el derecho del hombre
 a empujar una puerta,
 a encender una antorcha,
 a derribar un muro,
 a despertar al capataz
 con un treno o con una blasfemia.
 Porque Job se quejó,
 y cantó
 y lloró
 y gritó
 y blasfemó
 y pateó furioso en la boca cerrada de Dios...
 ¡habló Jehová desde el torbellino!

2

¡QUE HABLE OTRA VEZ!

TODAS las lenguas en un salmo único,
 todas las bocas en un grito único,
 todos los ojos en un llanto único
 y todas las manos en un ariete solo
 para derribar la noche,
 para rasgar el silencio,
 para echar de nosotros la sombra...
 ¡para que hable de nuevo Jehová!
 ¡Habla!... ¡habla!...
 ¿No hablaste ya un día para responder a los aullidos de un solo leproso?
 pues habla ahora con más razón,
 ahora,
 ahora que la Humanidad,
 ahora que toda la Humanidad
 no es más que una úlcera gafosa, delirante y pestilente,
 ahora que toda la costra de la Tierra es una llaga purulenta
 y Job el leproso colectivo.
 Habla otra vez desde el torbellino,
 que el hombre te contestará desde su inmenso muladar,
 tan grande como tu gloria,
 y sentado sobre un Himalaya de ceniza...
 ¡Habla!

3

DÍALOGO ENTRE JEHOVÁ Y EL HOMBRE

J.—CÍÑETE pues los lomos como hombre valeroso. Yo te preguntaré y tú me harás saber.

H.—Pregunta.

J.—¿Has pisado tú por las honduras recónditas del abismo?

H.—No, pero he entrado en el imperio corrosivo y sin límites de la injusticia.

J.—¿Sabes tú cuándo paren las cabras monteses?

H.—No, pero sé cuándo el arzobispo bendice el puñal y la pólvora.
 J.—Y en cuanto a las tinieblas... ¿dónde está el lugar de las tinieblas?
 H.—En la mirada y en el pensamiento de los hombres... ¡Tuya es la luz!
 J.—¿Y has penetrado tú hasta los manantiales del mar?
 H.—No, pero he llegado hasta el venero profundo de las lágrimas...
 ¡Mío es el llanto!

H.—Y ahora pregunta el hombre, ahora pregunto yo...
 y Tú me harás saber:
 ¿Para qué sirve el llanto?
 Si no es para comprarte la luz... ¿para qué sirve el llanto?
 ¿Por qué hemos aprendido a llorar?
 El llanto ¿no es más que la baba de un gusano?
 ¿Lloramos sólo porque Tú has apostado con Satán?
 Nuestra lepra,
 esta lepra de ahora
 ¿ha salido también del gran cubilete de tus dados?

Ya sé, ya sé que somos tan sólo una jugada tirada sobre la mesa verde
 de tu gloria;
 ya sé, ya sé que apuestas ahí arriba con el diablo, a la luz y a la sombra,
 como al rojo y al negro en un garito...
 Que ahora ha salido el negro,
 que ha triunfado la sombra,
 que Satán te ha vencido.

¿Y yo no soy más que una ficha,
 una moneda,
 una res,
 un esclavo...
 el objeto que se apuesta,
 lo que va de un paño a otro paño,
 de una bolsa a otra bolsa?

¡Oh, no!
 Yo puedo gritar,
 yo puedo llorar,
 yo puedo ofrecer mi llanto, todo mi llanto por la luz...
 ¡por una gota de luz!

Sí, sí.
 Yo puedo llorar
 y gritar
 y patear
 y denunciar la trampa.
 ¡Llorar, llorar, llorar!
 Y aunque sueltes sobre mi boca
 todos los ladridos del trueno, me oirás.
 Y aunque arrojes sobre las cuencas de mis ojos las lluvias y los mares,
 la amargura de mis lágrimas te llegará hasta la lengua.
 ¡Tuya es la luz!... ¡pero el llanto es mío!